

DE nuestras relaciones con el pasado depende, en gran parte, el futuro, como individuos y como pueblo, ya que hay una instancia de la vida del hombre en que el fracaso colectivo (el fascismo, la guerra, el subdesarrollo) contamina cualquier éxito personal, y determina, hasta cierto punto, la vida íntima. Pero no hay pasados inocentes: casi todos encierran una cuota mayor o menor de culpa, de indiferencia, de egotismo o de complicidad. Por eso, integrar reflexivamente el propio pasado, el individual y el social, asumirlo con equilibrio es una prueba de madurez difícil aunque no imposible. Comúnmente, el individuo y las sociedades tienen una relación neurótica con el pasado: procuran olvidarlo, en relación directa a su sentimiento de culpa, o lo mitifican, con intensidad proporcional a la sensación de fracaso del tiempo presente. Olvido y nostalgia, como podíamos llamar a estas dos reacciones, no sólo son relaciones neuróticas con el pasado, sino que dificultan, condicionan el análisis de la realidad, sin el cual la existencia de los pueblos y del hombre es puro instinto, irracionalidad.

De los grandes traumas mundiales, el más próximo en el pasado, el nazi-fascismo, delirio paranoide, peste social y política, es todavía una amenaza que flota, una posibilidad, en la medida en que sigue provocando esas dos reacciones de las que hemos hablado: el olvido deliberado, compulsivo (olvido que se parece al bloqueo traumático y a la culpa no asumida) y la mistificación o nostalgia. (Los poetas descubrieron hace siglos que toda nostalgia es idealización, mito y rito.)

Desde hace tiempo, se observan síntomas alarmantes de esa relación enfermiza con el pasado en cuanto al fenómeno del nazi-fascismo. Los más graves afectan a la propia sociedad alemana, que optó por el olvido, por el bloqueo de la memoria aparentemente para reconstruir su historia, soslayando una ley biológica y social que el propio Franco supo enunciar: aquellos pueblos que olvidan su Historia corren el riesgo de repetirla. Sin embargo, el fenómeno no es privativo de Alemania: se infiltra en el seno de otras sociedades. Hay que decirlo sin pudores: las nuevas generaciones a quienes los Estados educan a través de sus aparatos oficiales o privados, a través de los medios de información al uso, suelen ser dejados —abandonados— en la más crasa ignorancia en cuanto a uno de los fenómenos más importantes, dramáticos y



"Holocausto", una serie entre melodramática y sensacionalista que ha provocado una auténtica conmoción en la RFA.

HOLOCAUSTO

CRISTINA PERI ROSSI

peligrosos que vivió la Humanidad en los últimos siglos. Este descuido no es inocente; una cultura occidental que ya maneja a nivel popular algunas de las observaciones freudianas más clarividentes sabe que no existen actos fallidos sin mensaje, sin interpretación profunda. Si realmente las clases dirigentes —aquellas que determinan en definitiva cuáles son los valores transmisibles, o sea, el contenido de la información y de la cultura—, si las familias, los diversos estamentos sociales tuvieran un interés real en evitar cualquier posibilidad de que el nazi-fascismo se repitiera, la táctica del olvido sería la menos adecuada. Por otro lado, los jóvenes comienzan a sentirse indecisos, a dudar frente a un fenómeno del que poco se habla documentada y científicamente y quizá la sordida, usurera explotación del tema por algunas industrias —como la pornografía cinematográfica— los conduzca a la otra actitud neurótica: la idealización, la crisis

regresiva que padecen muchas manifestaciones culturales y sociales es un síntoma de ello: desde hace un tiempo, el pasado —idealizado— vuelve, en mitos reasumidos; modas cinematográficas retro, injustificadas revalorizaciones, regreso al ayer que no es a las fuentes, sino pura inhibición frente a una realidad contemporánea difícil. El tema apasiona, sin embargo, a los habitualmente indiferentes o inhibidos lectores de periódicos, teleauditores y espectadores, es decir, al pueblo: cada vez que cualquier medio de información pública emite algo relacionado con el nazi-fascismo, las polémicas se suceden, con furiosos casi apocalípticos, prueba de que el asunto está vivo en la sensibilidad colectiva. Sin embargo, y con pocas excepciones, todas estas polémicas reflejadas en cartas de los lectores e intervenciones directas en televisión reflejan muchos prejuicios y escasa información objetiva, lo cual es estremecedor. La discusión puede

centrarse, por ejemplo, en tratar de establecer —no fiel, sino apasionadamente— el número de judíos torturados y asesinados en los campos de concentración, como si en realidad la diferencia entre si murieron seis, cuatro o dos millones de judíos (pocas veces se usa el término personas) fuera el centro de la cuestión. Quiénes consideran exageradas algunas cifras parecen creer que el delito habría sido menor descontando algunos cientos de miles. Curiosa manera de juzgar la vida de un hombre, judío o no.

Por supuesto, no cabe generalizar y englobar a todo el mundo en una de las dos actitudes: olvido o nostalgia. Intellectuales lúcidos, artistas responsables han intentado crear una brecha entre ambas reacciones y potenciar una reflexión seria, juiciosa y objetiva sobre el tema, sin descuidar la denuncia a través de documentos, archivos y testimonios directos, irrefutables. Pero el testimonio a veces ha incomodado. El

A MAS DE TREINTA AÑOS DE DISTANCIA

Una nación se enfrenta a su pasado

JOAQUIN RABAGO

DESPUES de Auschwitz sería propio de bárbaros escribir poesía, dijo Adorno. Sin embargo, Paul Celan, uno de los supervivientes de los campos, iba a inspirarse precisamente en Auschwitz para su patética "Fuga de la muerte": "Negra leche del amanecer, te bebemos de noche, / te bebemos al mediodía, la muerte es un maestro de Alemania". (Años más tarde, Celan se suicidaría arrojándose al Sena.)

Peter Weiss fue otro de los que se salvaron. Pero su salvación individual iba a provocar en él una mezcla de vergüenza y de remordimiento, que expresó así en su obra *Punto de fuga*: "Creí para ser aniquilado; pero me libré del aniquilamiento. Hui, me oculté. Debí haber perecido; debí haberme sacrificado; pero no me detuvieron, ni me asesinaron, ni me pegaron un tiro en el campo de batalla. Tenía al menos que cargar con mi culpa. Era lo mínimo que se exigía de mí". Y en otro pasaje titulado "Mi localidad": "Auschwitz, esa localidad a la que estaba destinado y de la que me libré (...). Los otros lugares por mí visitados fueron siempre transitorios. Únicamente Auschwitz permanece".

Han tenido que transcurrir, sin embargo, más de treinta años para que con ayuda de una serie americana de televisión, la ya famosa "Holocausto", el pueblo alemán mirase al fin de cara a su propio y más reciente pasado. Da igual que la serie de marras sea el típico producto de consumo, melodramático y sensacionalista; que presente, por ejemplo, a los SS como unos psicópatas o cínicos y no como ciudadanos alemanes normales. Tan normales al menos como los soldados norteamericanos que bombardeaban dirijamente con napalm las aldeas vietnamitas; como aquel teniente

Galley que arrasó con sus hombres My Lay. Da igual que "Holocausto" esté, en cuanto a calidad dramática y a seriedad de planteamientos, a millas de distancia de aquel sobrio y escalofriante "Nuit et Brouillard", de Alain Resnais. (Recordemos, entre otras, la punzante pregunta que se hacía el comentarista en el film de Resnais: "¿Son sus rostros —los de los verdugos— tan diferentes de los nuestros?")

Poco importa que en "Holocausto" se hable sólo de judíos (sin duda, los que más sufrieron, pero en los campos había también comunistas, rusos, gitanos, homosexuales...); que sea una familia judía —la familia Weiss— la que personifica aquella gran tragedia colectiva. El exterminio en masa —cuando sólo se habla de cifras totales de cadáveres— conmueve muchas veces menos, resulta más incomprensible que el asesinato de un individuo, de los miembros de un pequeño grupo. No importa tampoco que "Holocausto" no refleje el clima político de la Alemania de la época ni se ocupe de los antecedentes y las circunstancias socioeconómicas que hicieron posible todo aquello.

Lo que importa sobre todo es la conmoción sin precedentes que el estreno de la serie americana ha provocado en la RFA y que no puede explicarse únicamente por el poder, sin duda extraordinario, del medio elegido para su difusión. Porque como explicaba "Die Zeit" en un comentario de su último número la televisión alemana lleva años emitiendo películas y debates sobre los crímenes nazis sin que todo ello hubiese producido hasta ahora en el espectador más que una sensación de fastidio.

Ha bastado que los autores de "Holocausto" acentuasen el lado emocional de la historia, jugando

con el melodrama hasta rozar lo "kitsch", para que se provocase de inmediato un proceso de identificación del público con lo narrado, que hubiera resultado imposible con cualquier otro film más cerebral: por ejemplo, con el citado "Nuit et Brouillard".

Durante toda una semana, en efecto, un país entero ha estado pendiente de la trágica suerte de la familia Weiss. Y mientras, por un lado, las organizaciones neonazis colocaban bombas junto a las torres de la televisión o en las sinagogas, o hacían llamadas amenazadoras a las emisoras, y los políticos de la derecha más o menos extrema como Franz-Josef Strauss acusaba a los socialdemócratas de evocar eternamente el pasado "para calentar sus sopas partidistas"; por otro lado, en los sindicatos, las escuelas y en el seno de las familias, la única discusión, mañana y tarde, era "Holocausto".

En la prensa, el debate ha sido especialmente intenso. Y los semanarios más importantes, como "Der Spiegel", "Die Zeit" o "Stern", le han dedicado amplísimo espacio. En la primera de las tres publicaciones citadas (1) se incluye, entre otros trabajos, como una autoconfesión del propio editor, Rudolf Augstein, unos extractos de tres entrevistas con antiguos funcionarios de Auschwitz realizadas recientemente por un periodista de televisión y cuyo texto completo se acaba de publicar en forma de libro.

Los tres entrevistados, Oswald Kaduk, Josef Erber y Josef Klehr, cumplen penas de cadena perpetua después de que fueran condenados en 1965 en el llamado proceso de Auschwitz, que se celebró en Frankfurt, y cuyas actas utilizaría Peter Weiss para su conocida

obra dramática "La indagación". Merece la pena citar algunas de las respuestas de esos hombres, porque demuestran no sólo la realidad de la existencia de aquellos campos —todavía hoy cínicamente negada por algunos—, sino también la normalidad de quienes en ellos trabajaron diariamente como guardianes, asesinos y torturadores.

"KADUK.—Los enfermos eran seleccionados. Se producían tantos ingresos, que no bastaban los camastros existentes, y entonces fue cuando comenzó la selección. A veces eran cien, a veces ciento cincuenta e incluso doscientos. Yo sólo preparaba el viaje. Pero no tenía nada que ver personalmente con el resto.

—¿Qué ocurría entonces con aquellos hombres?

KADUK.—Eran conducidos a la plataforma, y desde allí transportados a las cámaras de gas de Birkenau (2).

—¿También se los fusilaba?

KADUK.—Sí, en el bloque once. Era competencia del departamento político.

—¿Qué porcentaje aproximado era el de los obligados a trabajar y cuál el de los enviados directamente a las cámaras de gas?

ERBER.—Un treinta por ciento, más o menos, era destinado al trabajo.

—¿El setenta por ciento restante iba entonces a las cámaras de gas?

ERBER.—El setenta por ciento desaparecía. Era algo horrible. Pero no podíamos hablar de aquello. En mil novecientos cuarenta y dos llegó una orden del Führer por la que se equiparaba nuestro servicio en Auschwitz con el servicio en el frente. De allí no se podía pedir el traslado.

(2) Campo inmediatamente próximo a Auschwitz, transformado en museo por el Gobierno polaco.

(1) Número del 29 de enero.

HOLOCAUSTO

excelente corto de Alain Resnais, "Noche y bruma" ("Nuit et Brouillard"), de casi irresistible documentación, es una pieza antropológica que por algunas razones no difíciles de imaginar quedó relegado a las filmotecas; "demasiado fuerte" fue la consideración unánime. Es muy curioso que un film que refleja una realidad vivida, padecida por buena parte de la

Humanidad sea calificada como "demasiado fuerte". ¿Qué fue, entonces, la realidad?

Los norteamericanos, que combatieron contra el nazi-fascismo y luego lo explotaron comercialmente, a su manera, transformándolo en una lucha entre los muy muy malos y los muy muy buenos, simplificación banal que termina por provocar la identificación con los vencidos, son responsables ahora de una serie televisiva, "Holocausto", que será proyectada en Ale-

mania, y cuyo tema central son los horrores de los campos de concentración nazi. Parece que otros países —incluida España, donde el asunto ha sido casi siempre tabú— también han comprado la serie, dispuestos a una reflexión colectiva sobre este drama de la Humanidad. Aun antes de ser exhibido, las polémicas, en los términos habituales, ya han comenzado: grupos neonazis que consideran patraña histórica cualquier informe sobre el tema, discusiones

bizantinas acerca del número exacto de víctimas. Cabría recordar que los pueblos que resistieron heroicamente la invasión nazi, como el húngaro y el polaco, por ejemplo, hace años que insisten obsesivamente sobre él, sin permitir que el olvido tramposo encuentre una sola fisura donde adormecer conciencias.

Aun sin conocer "Holocausto", es positivo que en Europa se le use como estímulo a la reflexión; sin embargo, es hora



Todavía hay quienes niegan cínicamente la existencia de los campos. (Horno crematorio.)

—¿Qué se hacía con los cadáveres?

ERBER.—Al principio se enterraba a los que habían sido gaseados. Pero pronto comenzó a aflorar el suero sanguíneo a la superficie. Así que se decidió desenterrarlos y quemarlo todo. Los crematorios comenzaron a funcionar en mil novecientos cuarenta y tres. Había cuatro (...). En los hornos, el calor alcanzaba mil quinientos y hasta mil ochocientos grados. Y de las chimeneas salían llamas de uno a dos metros de altura. El olor llegaba hasta la estación.

—¿A cuántos administró usted inyecciones de fenol?

KLEHR.—Lo hacía dos veces por semana: una vez eran quince; otra, veinte.

—¿Durante cuánto tiempo?

KLEHR.—Tuve que hacerlo durante un trimestre.

—¿Le resultaba difícil?

KLEHR.—Sí, creo que sí. Es algo que ataca a los nervios. Mis dolencias de estómago y este pestaño nervioso se deben a aquello.

—¿Le afectaba a usted la muerte de aquellos prisioneros?

KLEHR.—Te fastidia al principio cuando te levantas por la mañana y tienes que ir a cumplir el servicio. Pero luego te tiras allí todo el día, desde muy temprano hasta la noche. Y llega un momento en que ya no piensas. Sabes que no puedes cambiar nada.

—¿Le suplicó alguna vez algún prisionero que no lo matara?

KLEHR.—No, jamás. No rechistaban. No decían nada. Y eso era lo peor.

Después de ver "Holocausto", muchos jóvenes alemanes han comenzado a dudar de que sus padres, tal como aseguran, no supiesen nada. Sin embargo, puede muy bien ser así. Puede ser que realmente prefirieran permanecer en la ignorancia de lo que ocurría en los campos. Lo grave, lo realmente grave, es lo débilmente que reaccionaron después, cuando se enteraron. Compárase esa reacción con la actual histeria colectiva frente a un puñado de locos terroristas y de "simpatizantes". El 31 de diciembre de 1979 debían caducar definitivamente los crímenes nazis. ¿Qué ocurrirá ahora, después de "Holocausto"? ■

de acompañar cualquier clase de exposición con una adecuada información objetiva, incontestable. Con mucho menos gasto del que ha costado y le costará todavía al mundo la filmación y proyección televisiva de "Holocausto", hace tiempo que los medios informativos podrían haber elaborado un "dossier" responsable, documento irrefutable, y no limitarse, por ejemplo, a publicar cartas de lectores o entrevistas donde cada cual sostiene su punto de

vista sin aportar, la mayoría de las veces, más que sus sentimientos viscerales. El odio al nazi-fascismo tiene una justificación científica, real, y la Historia cuando transcurre deja huellas indiscutibles de su paso: son esas huellas registradas por cámaras fotográficas, por documentos y planos lo que hay que exhibir públicamente, sin temor a avivar pasiones: El conocimiento ahuyenta a los fantasmas, borra el miedo y mata a los mitos. ■ C. P. R.

RAMON

ESTA VEZ
LA CAMPAÑA
ELECTORAL DE "UCD"
LA ORGANIZA
FDEE. ORDOÑEZ



¿CUAL
VA A SER
EL "SLOGAN"?



"VOTE UCD
AHORA
Y PAGUE
DESPUES"

